

Armando Chaguaceda

CRÓNICAS DE KRAKOZHIA



De la presente edición, 2018:

- © Armando Chaguaceda
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

- © Imagen de cubierta: Gerardo Vargas
 - © Prólogo de Rafael Rojas
 - © Epílogo de Pedro Manuel González Reinoso
- Diseño de colección: Herman Vega Vogeler
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-00-3

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

PRÓLOGO

Uno de los fenómenos más interesantes y esperanzadores de la historia contemporánea de la cultura política cubana ha sido el surgimiento, en las primeras décadas del siglo XXI, de una nueva generación intelectual que, desde el entorno y los referentes de la izquierda latinoamericana, cuestiona el estancamiento y el autoritarismo del sistema político cubano. Armando Chaguaceda es una de las voces más reconocibles y convincentes de esa generación y su itinerario intelectual se lee en estas crónicas, escritas por un académico que alterna la docencia y la disertación universitarias con el ensayo político y el artículo de opinión.

Chaguaceda se formó en La Habana de los 90 y principios de los 2000 y completó sus estudios doctorales en México, entre el fin de la alternancia del Partido Acción Nacional (PAN) y la vuelta al poder del Partido de la Revolución Institucional (PRI). Al lector no le será difícil advertir que esa experiencia mexicana ha sido fundamental para la evolución de su mirada sobre Cuba y América Latina. La rápida desilusión del tránsito democrático, en México, con el ascenso de la violencia, la corrupción, la impunidad y el autoritarismo, en los últimos años, es un buen prisma para atisbar la trama regional.

Hablamos de un académico de las ciencias sociales y un intelectual público que, en La Habana, perteneció a la Cátedra Haydée Santamaría y el Observatorio Crítico y compartió con otros de sus contemporáneos, como Dmitri Prieto Samsonov, Erasmo Calzadilla e Isbel Díaz Torres, ideas cercanas a las tradiciones anarquistas y libertarias del socialismo. Desde esa orientación, aquellos jóvenes dialogaron y, a la vez, debatieron con la ideología oficial cubana y fueron introduciendo en el debate intelectual temas contemporáneos de muy bajo perfil en la esfera pública de la isla como el medio ambiente, los derechos de las comunidades LGTBI, el antirracismo y la autogestión local y comunitaria.

En los ensayos y artículos que conforman este volumen se observa una maduración intelectual en la que, de aquellas presiones juveniles en los bordes de las instituciones del Estado cubano, se pasa a una inscripción del sistema cuba-

no dentro de las modalidades no democráticas construidas por la derecha o la izquierda en el siglo XX latinoamericano. Esa perspectiva regional, que saca a Cuba de los enfoques excepcionalistas que predominan en todas las orillas del espectro, en Chaguaceda está garantizada por un trabajo investigativo, teórico y de campo, sobre algunos procesos políticos recientes como el del chavismo en Venezuela y la Nicaragua posterior a la Revolución Sandinista.

No solo el contexto latinoamericano, especialmente el de las izquierdas gobernantes del siglo XXI, sino el de la Rusia postsoviética y la Europa del Este de las últimas décadas, son aludidos en estas intervenciones. Hay en Chaguaceda y otros intelectuales de su generación una conciencia clara de las conexiones de Cuba con ese mundo perdido, a pesar de lo jóvenes que eran cuando la caída del Muro de Berlín y el inicio de las transiciones post-comunistas. Probablemente sea en esa generación, la de los nacidos en la isla entre los 70 y los 80, donde se encuentre la última experiencia directa del periodo soviético del socialismo cubano.

Estas coordenadas imprimen, en el pensamiento político del autor de *Crónicas de Krakhozia*, un sentido y una fisonomía invaluable en el debate político cubano actual. De hecho, hay en estos textos una visión raramente completa del campo intelectual y político cubano, que no borra a ningún actor —gobierno y oposición, sociedad civil autónoma o semi-autónoma, reformistas e inmovilistas, socialistas y liberales...y, a la vez, llama a una combinación de fisura y diálogo para recomponer una esfera pública largamente fragmentada.

La aparición de este libro es una excelente noticia para las ciencias sociales y para la opinión pública: dos dimensiones que no siempre saben ir de la mano. Y no podrían llegar estos ensayos en momento más oportuno, cuando el anti-intelectualismo y el anti-academicismo se instalan, abiertamente, en medios hegemónicos de la isla y la diáspora. Hay que leer este libro para imaginar nuevas formas de intervención pública, en la cuestión cubana, que ayuden a superar prejuicios y exclusiones entre los sujetos y las comunidades involucrados en un conflicto tan prolongado.

Ciudad de México, verano de 2017

Rafael Rojas

INTRODUCCIÓN

Hace casi una década, un (aún) joven doctorante merodeaba las calles del centro de Xalapa, la encantadora capital del estado mexicano de Veracruz. En una galería de la Universidad local, aquel estudiante —devenido escritor de este libro— fue seducido por la exposición de un artista plástico local. Por esa fascinante capacidad que tiene el arte de decir sin palabras y por la propensión de nuestra mente para reinterpretar y resignificar creaciones ajenas, conectándolas con el pasado y sentir propios, *Feudo*, de Gerardo Vargas, se me antojó familiar. Sentí que reflejaba la Cuba que, entonces temporalmente, había dejado atrás. Fue en ese momento que, en común acuerdo con el artista, decidimos que la obra fuese la imagen de portada al libro, dedicado a mi país natal, que alguna vez escribiría. El mismo que ahora tiene usted en sus manos.

A diferencia de anteriores volúmenes —compilaciones a mi cargo o pequeños cuadernos monotemáticos de autoría individual, todos dentro de una trayectoria académica¹— en esta ocasión soy el absoluto responsable de las cosas que aquí se dicen. Y creo que *Crónicas de Krakozhia* tiene varias características, todas decididas más o menos *ex profeso*, que captará el lector atento.

La primera tiene que ver con la fuente de los textos que aquí aparecen. Al corresponder a la invitación de Hypermedia, decidí que una selección de mis columnas, publicadas con variable periodicidad en *Havanatimes* desde fines de 2009, formarían la mejor reunión de análisis, opiniones e incursiones en el debate público que podía aportar; por cuanto revelan las constantes y mutaciones de mi pensamiento político y formación académica, hijos ambos de circunstancias vitales. *Havanatimes* viene a ser no solo un medio alternativo donde compartir mis trabajos; sino una comunidad unida —no sin polémica— por lazos personales, profesionales y sobre todo,

¹ Visible en <https://ugto.academia.edu/ArmandoChaguaceda>.

por un incombustible respeto a la libertad y la diversidad, bajo el timón de su editor y animador Circles Robinson. Así que hay una deuda con ellos —medio y editor— a la que deseo honrar con esta publicación.

En línea con lo anterior, los textos aquí reunidos muestran una diversidad y variación de perspectivas personales, sobre un fondo común de temas y obsesiones persistentes, que me interesaba especialmente visibilizar. Porque a menudo olvidamos que nunca *somos*, sino que *vamos siendo*. Que nuestra postura cívica —y la condición ciudadana, en tanto toma de partido e incursión en el debate— se forma más de los encontronazos, aprendizajes, temores y desencantos que de conocimientos racionalmente aprendidos. No me interesa revelarme como el «Chaguaceda de siempre», desde las claves de un presente de supuesta madurez intelectual; sino como alguien que transitó de la creencia en que su vida, carrera profesional e incidencia política tenían como espacio y objeto posible y deseable las fronteras internas del actual sistema político y social isleño, a otro que -aún manteniendo a Cuba como foco de buena parte de la reflexión y ansiedades- ubica en un espacio mayor -ideológico y geopolítico- el contexto de su ser y hacer.

Resumiendo: este texto muestra mi evolución desde el reformismo sistémico - sincero, pero autocontenido- en clave de *socialismo democrático* insular; a la *democracia sustantiva*, con fuerte acento social y perspectiva latinoamericana y, en cierto sentido, globalizada, que hoy sostengo.

Por ello, en el libro se cruzan las referencias y homenajes a intelectuales de disímil procedencia, los déficits y virtudes de las democracias con los errores y horrores del autoritarismo, las censuras de los represores y las resistencias de los activistas, las acuarelas del paisaje latinoamericano y lo surreal de sus intelectuales y políticos. La política, entendida en mayúscula como una esfera de la acción y preocupación humanas -y no como un coto específico de expertos o caudillos- constituye una columna vertebral de la obra.

Por su propia naturaleza, ajena a cualquier pretensión omnicompreensiva y marcada por el paso del tiempo, este libro tiene muchos padres y madres. Son los activistas, colegas, vecinos, amigos y familiares que han marcado con su cercanía y entrega, mi propia vida y obra. Son demasiados como para mencionarlos sin producir omisiones involuntarias. Son demasiado inocentes de mis traspiés cómo para implicarlos en mis andanzas. No obstante, agradezco enormemente a Rafael Rojas y Pedry Roxana, villareños ilustres que acompañan con sus palabras -y su ejemplo- las ideas que vierto en este libro. Y a Alexei Padilla y Lennier López, su apoyo solidario en la revisión final del manuscrito, en plenas jornadas navideñas.

Torpe y desorientado, como Viktor Navorski en *La Terminal*, me siento a menudo. Sin mapas para orientarme en este mundo que gira y muta, a ritmos terribles y vertiginosos. Por eso esbozo, en mis textos, croquis para sobrevivir y caminar. Apenas eso les comparto aquí. Ojalá no se extravíen.

León, diciembre de 2017

Armando Chaguaceda

DEBATIENDO LA DOXA

¿POR QUÉ EL SOCIALISMO?

Hace unos días, mientras compartía una velada con una joven pareja de compatriotas, debatíamos sobre los colores ideológicos de la Cuba futura. Gente sensible y bien formada, hijos del (buen) legado educacional de la Revolución Cubana, mis amigos se mostraban pesimistas sobre las oportunidades de una opción socialista, como solución a los problemas cubanos.

«No hay chance —me decían—, aunque traiga costos parece que la solución será tocar fondo, acelerar las reformas capitalistas, para resolver el desorden y atraso acumulados».

Semejante reflexión, en personas que admiro y respeto por sus valores y por un compromiso social demostrado en empeños bonitos y cotidianos —que van desde la ecología al *software* libre—, me puso a pensar sobre el descrédito de la idea socialista, en buena parte de nuestro pueblo.

Viviendo (y padeciendo) los rigores de un modelo estatista —que dura ya medio siglo—, es entendible que al vecino de Marianao o Placetas le horrorice la posibilidad de darle, a ese *ismo*, una nueva oportunidad.

Junto a tal perspectiva, un sector no despreciable de la población (envejecido, resignado) asume la decisión de seguir viviendo bajo el patrón actual, por el temor a un cambio que, como evidenció la experiencia esteuropea, no dejara de ser traumático. Neoliberales o neoestalinistas: esas parecen ser las opciones restringidas del menú antillano.

Sin embargo, habida cuenta de los problemas del presente —que abarcan desde las carencias materiales acumuladas al menoscabo de libertades y derechos humanos— y las que se avecinan —incremento de las desigualdades, de todo signo— creo que, lejos de rendirnos, hay que dar la batalla por el futuro de la opción socialista.

Ello es, ciertamente, algo difícil de sostener bajo una expansiva hegemonía capitalista como la que enseñoorea la isla; hegemonía que abarca los

consumos culturales, la devaluación de la solidaridad auto-organizada y el visible protagonismo de los sectores economicistas y tecnocráticos de la academia y política cubanas.

Pero si queremos que Cuba no sea —como vaticiné, con triste profetismo, un prestigioso intelectual cubano— un mercado sin república, me parece que habrá que dar la pelea.

Hacerlo supone, lejos de lo que algunos pregonan, abandonar los utopismos abstractos. Se trata de defender propuestas viables de gestionar los servicios sociales, de regular las empresas fundamentales y de someter a discusión —a todo nivel— los gastos del estado. Implica impulsar el cooperativismo, los presupuestos participativos y los sindicatos independientes. Demostrando con ejemplos —que existen, como archipiélagos de autodeterminación, dentro de este mundo capitalista— que lo colectivo no equivale a lo estatal, lo participativo no es un mero disfraz de lo autoritario, y que la ineficiencia «socialista» no se supera con privatizaciones.

Recuperando experiencias reales y virtuosas, como los sistemas de cobertura social nórdicos, las redes de economía social uruguaya y las políticas públicas del actual gobierno ecuatoriano.

En el campo específicamente político, se trata de construir una democracia sustantiva (representativa, participativa, deliberativa) donde no existan exclusiones por motivos ideológicos y donde las hegemonías se ganen a golpe de razón y debate y no de porrazos acompañados por su (irreversible) congelamiento institucional.

Una democracia transinstitucional, de organizaciones políticas y sociales, donde la ciudadanía mande y la soberbia de los burócratas no sea sustituida por la autoreferencia de (nuevas o recicladas) elites partidistas y empresariales. Y donde las Batallas de Ideas no se suplanten por Campañas de Mercadeo.

La historia de la Cuba prerrevolucionaria fue una larga secuencia de gobiernos autoritarios, que arrancaron en la colonia y abarcaron dos férreas dictaduras anticomunistas, apoyadas por Washington.

Sin embargo, no faltan hoy liberales cubanos, demócratas y patriotas — parte ineludible de la nación— que recuperan el legado de una prensa plural (como la republicana) y un constitucionalismo progresista (1940) para seguir pugnando en pro de la instauración de un Estado de derecho —con tripartición de poderes y pluripartidismo— afín a los cánones clásicos de la democracia representativa.

Entonces, si otros tienen todas las fuerzas y el derecho para soñar un futuro distinto ¿por qué nos negaremos, desde la izquierda, a intentar un socialismo diferente, como alternativa al régimen vigente y a sus sucedáneos neoliberales?

En pocas semanas se cumplirán cinco años de aquel primero de mayo cuando, pese a las amenazas represivas, un grupo de compañeros salimos a la Plaza de la Revolución, a desfilas en el día de los trabajadores con una manta que decía: «Abajo la burocracia, vivan los trabajadores. Más socialismo».

A la luz del presente, no puedo sino reconocer la pertinencia de aquella acción, donde nos sobrepusimos al temor para defender —sin sesgo alguno— la soberanía nacional y popular.

Recuerdo que entonces vislumbramos —en la alegría, sorpresa y complicidad de la gente— una posibilidad para el futuro.

Porque si algo (creo) debe distinguir a un socialista no es la búsqueda de un mundo irreal y puro; sino la construcción, razonada, libre y colectiva, de mejores formas y espacios para convivir, aquí y ahora, como seres humanos.

Búsqueda en la que necesitaremos acompañar (y acompañarnos) de las luchas y aportes de todos los movimientos prodemocráticos, ambientalistas, feministas, antiimperialistas.

Todo lo que atente contra el feliz advenimiento de esta pluralidad emancipadora —sea el verbo de un mesías o la prédica de mercaderes— es, en el más raigal sentido de la palabra, profundamente reaccionario.

SOBRE LA DEMOCRACIA Y LOS PARTIDOS: CONTRIBUCIÓN A UN DEBATE IMPOSTERGABLE

En días recientes se ha iniciado en *Havanatimes* —a partir de un excelente artículo del amigo Erasmo Calzadilla— un valiosísimo debate en torno a los contenidos de la democracia y el rol que deben ocupar en esta los partidos.

El intercambio, que ha involucrado tanto a columnistas como lectores, no se asimila esencialmente a una polémica teórica ya que las reflexiones de los participantes tienen como foco la realidad de Cuba y no las páginas de un tratado de filosofía política.

Y es que abordar el tema de la democracia y los partidos resulta algo imprescindible si queremos escapar de debates esotéricos y exponer, en términos concretos y propositivos, nuestra visión sobre el futuro deseable de la nación.

Erasmo ha cuestionado tanto el monopartidismo vigente en la isla como el pluripartidismo de corte liberal, apostando al autogobierno gestado desde abajo. También ha defendido una idea con la que concuerdo plenamente: que cualquier concentración de poder en manos del Estado, un partido o empresarios privados sería otra forma de «clausurar el futuro».

Por su parte, nuestro hermano Isbel Díaz postula que las visiones binarias (mono/pluri) remiten a un esquema en el cual aquel que gana las elecciones termina imponiendo, por X años, sus designios al resto de los actores sociales. Y aunque reconoce que en la realidad cubana la limitación de períodos sería un avance con respecto al orden actual, confunde mi postura (expresada en comentarios al *post* de Erasmo) como un mal menor para poder avanzar en la democratización que todos queremos.

Como creo que lo mejor es decir, en poco espacio y tiempo, algunas cosas claves, expondré mis ideas en una serie de puntos, tratando de aclarar posibles confusiones. Un desarrollo más exhaustivo de la problemática democrática

será publicado en abril por una prestigiosa revista mexicana, y para entonces me encargaré de difundirlo desde este mismo espacio. Mis «tesis» son las siguientes:

1. Las sociedades contemporáneas, tanto por su extensión territorial en los marcos del Estado Nación, como por la complejidad de su estructura (conformada por clases, grupos e identidades sociales diversas) y por los procesos de regulación que le son inherentes, suponen la necesidad de instancias que canalicen las demandas de los ciudadanos y organicen la respuesta a estas, lo que presupone el carácter mediador de las mismas, ubicadas entre la ciudadanía y las instancias administrativas del estado
2. A nivel mundial se constata la pérdida de calidad de dichas instancias (como los parlamentos controlados por poderes mediáticos o empresariales y los partidos autorreferentes que representan grupos de poder por encima de ideologías y militancias, etc.) todo lo cual debe considerarse como amenazas a las capacidades de la gente para canalizar su opinión y participar en los asuntos que afectan su vida. Así, la política institucionalizada con frecuencia secuestra y asesina lo político de cada ciudadano.
3. Pero una cosa es criticar los déficits de las mediaciones políticas existentes y otra muy diferente apostar a una ilusoria (y peligrosa) sustitución de los espacios que abrigan dichos procesos por difusos mecanismos de democracia directa o participativa (dentro del estado) o por un poder comunitario y desde abajo (sustituto de los partidos).
4. Respecto a los partidos, estos son agrupaciones de intereses amplios, que rebasan la representación/defensa de identidades particulares típicas de sindicatos y movimientos sociales; por lo que permiten articular agendas políticas. Son la plataforma de alianzas sociales amplias y de proyectos políticos de alcance nacional y global.
5. Los partidos están en crisis (por pérdida de ideologías, militancias y sentidos) en todo el mundo pero no puede concebirse un sistema político en sociedades complejas sin su existencia; por lo que se impone refundarlos como instancias de real expresión de proyectos políticos, con contenidos de clase y agendas de gobierno específicas y diferenciadas.
6. Los partidos no pueden desecharse al capricho pues, como producto de sociedades complejas, multiculturales, plurales, no solo remiten a una preferencia ideológica sino que expresan una realidad sociológica con la cual no hay nada que hacer (salvo intentar exterminar a los oponentes).

- tes). Solo en comunidades reducidas sería posible sustentar —lo cual es dudoso en estos tiempos— la ausencia de mediaciones para expresar la diversidad y demandas de sus miembros. Y una nación no es una aldea, un barrio o un grupo de amigos.
7. El pluripartidismo ultraliberal (que centra toda la representación de las diversidades y demandas sociales en la fórmula partidaria bajo el comando de elites políticas profesionales) y el monopartidismo (el absoluto de tipo soviético o el hegemónico como el del viejo PRI mexicano) son dos posturas extremas y superadas por la historia. Ni siquiera bajo regímenes formal, o forzosamente, monopartidistas se puede suponer la inexistencia de otros partidos... solo que estos conviven ocultos en el seno del partido oficial o, como decía de forma magistral Trotsky, operan dentro de un sistema multipartidista donde hay «un partido en el poder y los demás en la cárcel».
 8. Pero los partidos, como vehículos de y para la democracia, son insuficientes. Las asimetrías de tipo social (en perjuicio de los pobres, desempleados, mujeres, inmigrantes, sexualidades discriminadas, etc.) se trasladan permanentemente al campo político —aunque estos desfavorecidos logren «representarse» a través de algún partido— por lo que resultan necesarios la acción de los movimientos y protestas sociales y la existencia de instancias de rendición de cuentas y control ciudadano.
 9. La ruta —al mismo tiempo utópica y posible— para la emancipación y democratización en el siglo XXI pasa, simultáneamente, por expandir los movimientos sociales y otros espacios/organizaciones que permiten a la gente presionar/vigilar/sancionar a los políticos y ampliar la política más allá de los espacios actuales y de la esfera específicamente institucional. Ello supone complementar la democracia representativa con formatos participativos y deliberativos, discutir los contenidos socioeconómicos de la democracia y plantear en serio la cuestión de las autonomías.
 10. No debemos caer en la postura de defender una emancipación en abstracto, creyendo que «desde abajo» por generación espontánea o apelando en exclusiva a la micropolítica del cotidiano vendrá un mundo mejor. Tenemos que generar nuevos espacios y modos de ser políticos (llevando la experimentación democrática a fábricas, calles, aulas, etc.) y a la vez disputar los espacios del sistema a los poderes tradicionales: partidistas, mercantiles, eclesiásticos, etc.
 11. Debemos superar muchos fantasmas: a) la apología del comunitarismo (que nos abstrae del debate y problemas nacionales), b) las miserias de una «democracia popular» donde el líder —una vez que ha licuado las

instancias mediadoras donde la gente se conoce y dialoga sin intermediarios ni discursos únicos— tiende cada vez más a emanciparse de las masas (y no a la inversa) y, c) la absoluta pobreza de contenidos y horizontes de las democracias minimalistas (neo)liberales donde se confunde acción política con show y mercado, participación con gestión tecnocrática e ideología como algo demodé que debemos ocultar para «cautivar» a un inexistente votante medio.

12. Para el caso concreto de nuestro continente y país, si en la izquierda antiautoritaria y antineoliberal nos contentamos con proponer una vida virtuosa de anclaje comunitario, desdeñando los niveles macro y las mediaciones, estaremos siendo —cuando menos— poco responsables. Tenemos que plantearnos en serio y sin demora esos asuntos, porque si no los llamados a la «autogestión y autonomía desde abajo» se quedan como un discurso con *swing* frente a los respectivos *status quo* (neoliberales y estalinistas) pero sin proponer una alternativa a los sistemas dominantes.
13. Para Cuba, si llegase el hipotético caso de que pudiésemos exponer a nuestros conciudadanos nuestras agendas e implementarlas total o parcialmente ¿qué haremos con nuestros compatriotas que no acepten —por incredulidad, rechazo, cansancio o desconocimiento respecto al socialismo que han conocido— nuestras propuestas sociopolíticas apartidarias? ¿Cómo representarían aquellos sus intereses y dialogarían con nosotros y con los otros grupos e identidades que conforman el país? ¿Y cómo podríamos dar a las políticas públicas —educación/salud/empleo, etc.— la orientación que queremos —desde nuestras coordenadas ideológicas y prácticas— si no disputamos espacios en las instituciones? ¿Nos conformaremos con ser una (o)posición testimonial frente al terrible cansancio producido por las prácticas autoritarias y a la apología neoliberal que ya tenemos encima?
14. Un tema a definir dentro del debate es la capacidad del Partido Comunista de Cuba (PCC) para encarnar las necesarias reformas que han defendido en su discurso tanto las autoridades como ciudadanos en foros y publicaciones dentro y fuera del país. En ese punto mi mirada emana de una experiencia de trece años de militancia, formidable escuela política en la que conocí las maravillas y miserias del alma humana y los efectos de la política y ejercí una participación tan soberana como soberana fue la decisión de no transitar al partido, afrontando sin subterfugios las consecuencias de mi elección. Por eso me siento autorizado para referirme a la organización que rige los destinos de mis compatriotas, sean o no miembros de sus filas.

15. Algunos amigos insisten en la factible renovación del PCC; para calzar su tesis refieren ejemplos como el de ciertos núcleos de intelectuales (Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba — UNEAC—, Universidad de La Habana), cuya beligerancia conozco y respeto. Sin embargo, resulta que esa militancia abnegada queda impotente ante el inmovilismo de la máxima dirección, cuando su potencial para impulsar demandas y cambios es bloqueado por el filtro de los burócratas municipales, interesados en «no buscarse problemas» con los órganos superiores de dirección.

Por otro lado, la fórmula de renovar al Partido abriendo a su interior tendencias o democratizando la discusión —esperanzas de honestos comunistas y estrategia que cuestiona el monopolio oficial sin sufrir retaliaciones— ha sido convertida en retórica vacua tras los desempeños del Congreso y la Conferencia y la críptica letanía machadista sobre «los nuevos métodos y estilos de trabajo» repetida en las reuniones provinciales. Eso no quiere decir que no exista un potencial formal de innovación —debe atenderse al respecto la casi solitaria agenda de transformaciones propuestas por Marlene Azor y algunas de las propuestas programáticas de Pedro Campos y su equipo— sino que la tendencia de los acontecimientos históricos (pérdida de oportunidades en 1991, 1997, 2011 y 2012) o la tozudez del dato sociológico (significativamente ninguno de los reformistas jóvenes que conozco es hoy miembro del PCC) cuestionan la factibilidad de tal curso democratizador.

He puesto todas mis esperanzas en que este debate tribute al necesario replanteo de los rumbos y estrategias de eso que algunos estudiosos han llamado «la nueva izquierda cubana», a la que me digno pertenecer por ser el único espacio —físico y virtual, político y afectivo— donde siento que mis ideas, acompañadas por las de mis amigos, hallan sentido. Pero para que nuestro cometido tenga algún fin concreto debemos atender la lúcida alerta que nos hiciera nuestro compañero Sam Farber «La política, como la naturaleza, aborrece el vacío, y si una nueva izquierda revolucionaria y democrática no responde a la crisis y necesidades populares de la transición, fuerzas nefastas, como se ha visto en muchas otras partes del mundo, ocuparán ese espacio político para promover sus propósitos». Pongamos nuestras ideas y actos a la altura de esta demanda —ignorando los cantos de sirena que buscan dividirnos o intimidarnos—, conectemos las neuronas con «el reino de este mundo» y persistamos en la defensa renovada de la justicia social y la democracia política como rasgos inseparables del socialismo.

SABER EXPERTO

Volver a Buenos Aires siempre es agradable, se trata de una hermosa ciudad, con una elegancia nada estridente y bellas construcciones de estilo neoclásico. Una urbe cuyo metro (*subte* le llaman) parece salido de un filme de 1915, excelentes librerías (con eruditos libreros que puede disertar sobre Ranciere o Zizek) y sitios donde tomar, al mejor estilo italiano, un café *espresso* como el que nos gusta a los cubanos. La movida porteña es, probablemente, la más agradable de las que he conocido, y esa opinión la comparten no pocos amigos del campo artístico e intelectual.

Hace unas semanas regresé a esta ciudad invitado al evento Gobernanza Económica Global: Los posibles roles de América Latina, que la revista *Nueva Sociedad* organizó con la participación de académicos, políticos y representantes del mundo sindical internacional.

En el foro se procuraba debatir si el grupo conocido como G20 habría reemplazado eficazmente al G8 como foro global para la coordinación de políticas económicas y si podría ser visto como la expresión de un nuevo balance global del poder resultante de la crisis financiera.

Además, considerar como su incidencia habría modificado (o no) la agenda mundial y las políticas resultantes de la coordinación de la política económica global, para incorporar las necesidades del Sur.

Los debates, que se extendieron por dos jornadas, fueron extensos e intensos. Algo que quedó claro en las discusiones fue que la agenda del G20 parece haber estado dominada —aunque no limitada— por el objetivo de aumentar el poder y la influencia de algunos países emergentes en la gobernanza económica global y en las relaciones internacionales en general; por ejemplo, exigiendo cupo y voz en el FMI y en el Banco Mundial.

Además, que se habían podido distinguir dos fases principales del accionar del Grupo (y en especial de países líderes como China, India o Brasil) con orientaciones de política económica (y por ende sesgos ideológicos) diferenciados.

En un primer momento se trató de obtener más presencia de estas naciones, aplicar políticas de corte nekeynesiano y mecanismos de coordinación globales capaces de poner en su sitio la prepotencia e irresponsabilidad de actores como el Fondo Monetario Internacional.

Pero posteriormente, pasado lo peor de la crisis en 2009, la hegemonía del pensamiento y recetas neoliberales, abanderados por Bancos Centrales del Primer Mundo, volvieron a conducir la agenda ante unos «nuevos socios» más preocupados en lograr mejores cuotas de poder para sus economías.

Algo curioso que me sucedió fue sostener un intenso debate cuando, con el apoyo de colegas sindicalistas, expresé la necesidad de que la ciudadanía (en la figura de movimientos sociales y organizaciones civiles), en asuntos como los derechos laborales o el medioambiente, tuviera una presencia sustantiva y no meramente decorativa y testimonial en los nuevos espacios de concertación económicos.

A esa demanda un destacado experto me respondió que no creía en tal cosa, que lo que se necesitaba eran buenos decisores que aplicaran políticas bien fundamentadas, lejanas a la ortodoxia neoliberal y que produjesen crecimiento y redistribución. Algo así como un elitismo «buena onda» keynesiano, que concibe la participación de la gente como algo irrelevante.

Por supuesto que ello me espantó y enseguida comencé a enumerar experiencias en el seno de organizaciones como el Mercosur o el ALBA con diferente grado de madurez y autonomía. Allí las comunidades y colectivos sociales organizados pueden presentar demandas a los gobiernos y representar aquellos intereses alejados de las lógicas gubernamentales, para incluirlos en la formulación de políticas públicas.

Aunque falta mucho por avanzar —y casos como el de Cuba las organizaciones representadas en la instancia de Movimientos Sociales del ALBA representan posiciones demasiado ligadas (en retórica y agendas) a las del gobierno— creo que hay allí experiencias a considerar, para ver las posibilidades y distorsiones a una incidencia social en políticas de estados.

Si traigo a colación esta historia es porque cada día me parece más importante rescatar, junto al saber experto (que no puede desdeñarse peyorativamente como simple y nefasta tecnocracia) una visión de Economía Política y la posibilidad de la gente de incidir, en formatos bien pensados y nada simbólicos, en los procesos que afectan las economías y sociedades globales, nacionales y locales.

Experiencias organizativas, procedimientos legales y medios de comunicación existen y pueden ser utilizados en la celebración de referéndums o el

establecimiento de consejos consultivos donde la gente tenga una voz más allá de los políticos profesionales.

¿O acaso la gente, aunque no sepa los detalles sobre tasas de interés, planes contracíclicos y otras exquisiteces de la economía, no es afectada con decisiones que se toman en las alturas y no tiene nada que decir y aportar para corregir rumbos que impactan sus vidas?

Se me podrá decir que es utopía, pero solo deseo recordar que hace apenas un siglo el derecho al voto de las mujeres era un sueño en la mayoría de nuestros países y hoy constituye una realidad incuestionable.

Frente a los expertos que quieren administrar nuestra felicidad, al igual que los mercaderes que desean privatizarla, solo podemos proponer la presencia, organizada y consciente, de la ciudadanía.

(RE)PENSANDO LA EMANCIPACIÓN AÑOS DESPUÉS

Un amigo me cuenta que asistió hace varios meses a un evento sobre Paradigmas Emancipatorios, celebrado en La Habana. Conozco ese foro, pues varios de sus animadores son conocidos, unos pocos amigos y yo mismo fui invitado a él en un par de ocasiones.

Resulta un espacio valioso en tanto permite el diálogo con activistas y movimientos sociales de todo el mundo, cuyas luchas y discursos son poco conocidos dentro de las matrices, estadocéntrica y liberal, que hegemonizan la sociedad y el sentido común cubanos. Y guardo buenos recuerdos de mis debates en aquellos parajes.

Sin embargo, mi amigo me confía su frustración (también la mía), por un cierto desconecte del foro de las realidades y problemas cubanos, amén de algunas alusiones interesantes hechas desde la Educación Popular, las identidades sexuales o el trabajo comunitario. «Tal parece que la emancipación solo la necesitan los otros, pero aquí no hace falta pues vivimos en ‘un mundo feliz’» me dijo con sorna, jugando con el recuerdo de la obra homónima de Aldous Huxley.

Las referencias de mi amigo me han hecho repensar el tema de lo emancipatorio. Un destacado intelectual latinoamericano ha definido la emancipación de una forma extensa que valdría la pena traer a colación ahora, asumiéndola como «(...) un proceso ideológico e histórico de liberación de comunidades políticas o de grupos sociales, de la dependencia, tutela y dominación en las esferas económicas, sociales y culturales. Emanciparse significa librarse del poder ejercido por otros, conquistando, al mismo tiempo, la plena capacidad civil y la ciudadanía en el Estado democrático de derecho» reflejando todo esto «(...) la capacidad de conocer y reconocer las normas sociales y morales independientemente

de criterios externos impuestos y equivocadamente representados como naturales»¹.

Metido en este asunto me dio por revisar varios textos escritos por mí hace algunos años donde abordé ese problema en clave cubana. Terminé releendo un trabajo publicado² en aquellos memorables años donde un grupo de jóvenes colegas buscábamos impulsar un debate de izquierdas aletargado en medio de la precariedad material, la contrarreforma iniciada en 1996 y los rumbos oníricos de la Batalla de Ideas.

El texto en cuestión fue presentado en sendos eventos organizados por una organización de cuya directiva formé parte y que promovió foros de discusión y análisis de la realidad con algunos de los mejores intelectuales de la isla. Recuerdo que en una exposición provocó la airada diatriba de una colega, quien asumió como algo personal la defensa del socialismo estatista, generando un apasionado debate. Me parece interesante traer al ruedo las ideas centrales de aquel «viejo» texto, para ver cuánto podrían decirnos (¡jo no!) sobre los rumbos de nuestra realidad ligando las reflexiones con algunas de las ideas expuestas en mis dos crónicas anteriores.

En esa ocasión (2004) definí como idea central de mi ensayo explorar cuáles serían los desafíos de un pensamiento emancipador, y, por tanto, de izquierdas, creativo y plural, dentro de la Cuba actual, insertado en el movimiento alter-globalizador del siglo XXI.

Considero que semejantes interrogantes poseen plena vigencia, dado el impacto cruzado que las persistencias (socialismo de estado) y mutaciones (avance de reforma promercado) tienen sobre unas izquierda(s) cubana(s) que aún necesitamos definir propuestas más concretas y operativas en término de defensa de derechos, propuesta de formas alternativas de participación, expansión de la autogestión y postura ante el mercado y el estado, etc.

Son estos problemas mayúsculos sobre los que, sin embargo, aún tenemos que adelantar posiciones consensuadas y radicalmente sostenibles y realistas que permitan rescatar el socialismo como una alternativa deseable para buena parte de la población cubana.

Si no lo hacemos podremos seguir debatiendo en circuitos cerrados de comunicación, integrados por algunos iniciados, con alta dosis de esoterismo y escasa capacidad de resonancia en los públicos más amplios.

¹ Ver «Emancipación social» de Antonio David Cattani, Pág. 130-135, insertado en *La otra economía*, Veraz Editores, Porto Alegre, 2003, compilado por el mismo autor.

² El texto se titula «Pensar la emancipación : una visión desde Cuba» y fue insertado en *Cultura, fe y solidaridad alternativas emancipatorias frente al neoliberalismo*, una compilación preparada por quien escribe estas líneas junto al colega Gabriel Coderch, que fuera publicada por la Editorial Félix Varela en La Habana, 2005.

No se trata de refugiarnos en un ensayismo sin anclaje real o de apostar a estudios excesivamente focalizados que huyen de las miradas macro y los compromisos sociales; sino aplicar para nuestro contexto la propuesta de actualizar las grandes preguntas permanentes de la Filosofía Política (enfocadas en las formas y fines de un régimen virtuoso, los objetivos y valores de la justicia, sus nexos con el bien común y la vida buena) vinculándolas con una cartografía precisa y propositiva de los regímenes políticos, procesos de cambio y agendas de políticas públicas realmente existentes.

En aquel trabajo insistí en que, cito «Los retos de la intelectualidad progresista y en general de todas las fuerzas de izquierda dentro de Cuba son complejos, porque se insertan en una lógica de doble dimensionalidad, al tener que tributar a la lucha global, estratégica, anticapitalista, pero desde las experiencias directas del contexto nacional, donde ser de izquierda implica un enfrentamiento militante al pensamiento y praxis dogmático-burocráticos».

Me parece desacertado cuando en la isla se celebran foros donde se habla del pensamiento único neoliberal, montado sobre la mercantilización de la vida y el conocimiento, y no se hace un balance (y sobre todo una superación) del legado estalinista que estructuró el otro pensamiento único aún vigente en las instituciones y sociedad cubanas.

Considero cuando menos incongruente que quienes cuestionan la censura en los grandes medios capitalistas y condenan las agresiones en Iraq o los genocidios de las transnacionales en Africa no señalen con igual insistencia el blindaje de espacios y publicaciones educativos y culturales de la isla a parte del mejor pensamiento social progresista y, sobre todo, a extraer de este consecuencias prácticas para la transformación de nuestra realidad. En otro momento del trabajo señalé que «El pensamiento emancipador cubano tiene que responder a los nuevos desafíos sociales incorporando aquellos retos y discursos emancipatorios (de género, culturales, ecológicos, generacionales, etc.) que pueden tributar a la reproducción del proyecto socialista y lograr mayor identificación y armonía con las experiencias de los movimientos internacionales».

Aquí solo tendría que añadir, con cierto gozo, que los últimos tiempos hemos avanzado en ese sentido, con la pluralización de iniciativas sociales y virtuales que buscan rescatar el activismo y representar identidades silenciadas (ambientalistas, de género y orientación sexual, culturales, etc.), sin acudir a las formulas de «participación autorizada» ni la fragmentación multiculturalista y postmoderna. Y que se reclaman parte de una sensibilidad multicolor de izquierdas.

El problema reside en el hecho que estas iniciativas siguen siendo vistas como extrañas o adversarias por el estado y se sigue penalizando su accionar, lo cual evidencia dos cosas: que el poder constituido quiere seguir monopoli-

zando la imagen de que él es la única izquierda posible y deseable en Cuba y que hará todo lo posible por reducir al mínimo aquellas voces y acciones que se atreven a disputar, sin pedirle permiso, semejante monopolio autoasignado.

Quizás estas mismas razones reorientan los Paradigmas Emancipatorios, enfocándolos fuera de las fronteras nacionales. Por ello, solo la persistencia, creatividad y solidaridad autónomas e innegociables harán posible que aquellas ideas que escribí y hoy se encarnan en «políticas del cotidiano» arriben a buen puerto, ante el tsunami mercantil y autoritario que se nos avecina.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	11
DEBATIENDO LA DOXA	17
¿Por qué el socialismo?	19
Sobre la democracia y los partidos: contribución a un debate impostergable	22
Saber experto	27
(Re)pensando la emancipación años después	30
Con el demos; contra el leviatán	34
La gente del socialismo	37
Invocando derechos, para ser humanos	40
MIRADAS GLOBALES	43
¿Podemos? Miradas ante un triunfo jacobino	45
LASA y el ejercicio de la autonomía intelectual	47
La coherencia de ser solidarios	50
Respuestas de un hombre libre al conservadurismo americano	52
Elecciones EE.UU., razones para votar	55
Las <i>pussy riot</i> y la (larga) lucha contra el despotismo en Rusia	58
La sonrisa de Verónica	62
Carlos Saladrigas y el diálogo entre cubanos	64
Aves de rapiña	67
Réquiem por Christa Wolf	69
Talibanes y coca colas: la insoportable impunidad del poder	71
Pongamos que hablo de Madrid: lecturas del 15-M	73
Solidaridad con los cinco	75
Constructores de nación	78
Viaje a la oscuridad	81
Hasta pronto, Howard	83
La república asediada	85
Copenhague: una cumbre fatal	87

LATINOAMÉRICA: ENTORNO & DESTINO	89
Ecuador: la verdad que nos libera	91
El ejemplo mexicano y la democratización cubana	93
Venezuela: incertidumbre democrática después de las elecciones	98
México: la izquierda caníbal	101
Réquiem por un símbolo	104
La transnacionalización del repudio	106
De exilios y aplanadoras	108
Venezuela: la política y el tiempo	111
Elecciones en Venezuela, apuntes del día después	114
AMLO y la creación de un nuevo partido progresista en México	117
Camila Vallejo regresa a Cuba	120
Tribunal de Justicia Climática: estados y empresas al banquillo	123
<i>Revolution reloaded?</i>	126
Haití y Chile: desastre natural y políticas neoliberales	131
Con Venezuela, en el corazón	134
CUBA: DISTOPÍA Y ESPERANZA	137
Cuba: derechos a conveniencia	139
Entre Lenin y Bill Gates: el origen autoritario en Cuba	141
Los cambios en <i>Espacio Laical</i> : algunas reflexiones	144
<i>House of Cards</i> y la ciencia política insular	149
Cuba: los candados de la lealtad	152
En Cuba ¿desde abajo y a la izquierda?	156
Un país normal	161
Déficit habitacional y marginalidad en Cuba	164
Cuba ¿de qué justicia social hablamos?	168
La izquierda católica y los cambios en Cuba	173
Casa Cuba y la noble construcción de lo cubano	176
Lo personal y lo político	178
El Premio Nacional de Leonardo Padura	182
El caso de Ángel Santiesteban: las dudas y el trasfondo	184
Salven a Fidel	186
El pasado de una ilusión	188
Enemigo mío	191
Los conspiranoicos y la agresión a <i>Havana Times</i>	193
El valor de andar juntos	196
La venida del Papa a Cuba: entre convites y silencios	198
Llamado contra la censura en Cuba	201
La conferencia del PCC: entre Kriúkov y el Rubicón	205

<i>Criterios: entre acosos y convocatorias</i>	208
La muerte de un joven cubano	210
«Dime hermano, cómo está la cosa»	213
Ante la visita del papa a cuba: las iglesias y yo	215
El ombligo de los ángeles	219
La <i>Pravda</i> de nosotros	222
De cuba: arte crítico, y patriota	225
Pedro Pablo Oliva y la suma de todos los miedos	227
Un «poquito» de diversidad	230
Convicción y desencanto	232
Disputa sobre derechos en Cuba	235
La voz ausente	238
La sagrada voluntad popular en Cuba	241
La <i>omnipotencia</i> del amor	243
Nuestro propio Copenhague	245
Buenos comunistas	248
Defendiendo nuestros <i>Temas</i>	250
EPÍLOGO	253
Breves palabras	255

